

# ¿Por qué hacemos el lavatorio de los pies el Jueves Santo?

Kristopher W. Seaman

En un día tormentoso de invierno, mi familia y yo tratábamos de no resbalar sobre el hielo mientras caminábamos hacia el estacionamiento abarrotado de la iglesia. A la entrada de la iglesia, el vicario y el párroco me pidieron que reemplazara a una persona que había tenido miedo de salir de su casa durante la tormenta de nieve. Con entusiasmo respondí: “¡Con mucho gusto! ¿Qué hay que hacer?”. “Dejarte lavar los pies”. Algún tiempo después habría de ser yo quien invitaría a la gente a dejarse lavar los pies para el Jueves Santo. Recuerdo bien la reacción de una persona a la que invité por su profundo sentido del servicio parroquial; me respondió un tanto confusa: “¡Oh! No lo sé. Me gustaría más lavar los pies de alguien, pues sé cómo servir a los demás. No me gusta mucho que otras gentes hagan cosas para mí”. Ambas anécdotas guardan un sentido de servicio. Ayudar a otros por invitación. Pero hay un fundamento bíblico para lavar los pies.

La base bíblica del lavatorio de los pies la tenemos en la narración de la Última Cena, y es exclusiva del evangelio de san Juan. Cuando esperaríamos que Jesús tomara el pan y el vino para transformarlos, como ocurre en los relatos de Marcos, Mateo y Lucas, en el del evangelio de Juan, Jesús se levanta y comienza a lavar los pies. Al principio, Pedro rehúsa que Jesús le lave los pies; por el contrario —razona— debe él lavar los pies de Jesús. Pero Jesús lo amonesta: “¿Saben lo que he hecho con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, pues es lo que soy. Por eso, si el Maestro y Señor les ha lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies los unos a los otros. Porque les he dado ejemplo; para que hagan como yo he hecho con ustedes” (Juan 13:12–15).

Jesús sirve a sus discípulos y luego los instruye para que imiten su práctica de lavar los pies. Hay un sentido de humildad. Un discípulo debe servir a los demás. Por el contexto del lavatorio de los pies en el evangelio de san Juan, hay también un sentido de transformación. En cuanto discípulos, nuestro



modelo por excelencia es Jesucristo. Sus acciones en la Escritura nos proveen un modelo para nuestras prácticas de discípulos. Jesús sabía que iba a ser crucificado, y lavó los pies como una señal, para que los discípulos se sirvieran mutuamente. El papa Francisco ha estado recibiendo mucha atención de los medios desde su elección, y en parte se debe a su profundo sentido de humilde servicio al pueblo. Es un ejemplo de servicio en sus acciones diarias.

Durante su homilía de la tarde del Jueves Santo, el papa Francisco subrayó que este rito es “una caricia de Jesús”. Los pies huelen, están llenos de callos, endurecidos de tanto caminar. En los tiempos de Jesús, era signo de exquisita hospitalidad que los esclavos lavaran los pies de los huéspedes. Jesús, como anfitrión, invierte esta práctica. Se abaja y lava los pies de los humildes. Les dispensa un cariñoso acto de amor. El verdadero servicio brota de un amor profundo y de la fe que busca ayudar a los demás, día tras día. El rito de lavar los pies es un *mandatum*, palabra latina para “mandamiento”. Jesús resume la ley al decir que hay dos mandamientos fundamentales: amar a Dios y amar al propio prójimo. Amar al prójimo es actuar humilde y servicialmente.

En el evangelio de Juan, Jesús ofrece un significado de la Eucaristía: Encontrar a Cristo Jesús tiene implicaciones en la vida de uno. Lo que hizo y hace Jesús por nosotros es lo que hemos de hacer unos por otros. Como el papa Francisco señala: “Porque es la razón verdadera por la que Jesús vino: a servir, a ayudarnos”.

---

KRISTOPHER W. SEAMAN, DMIN, es doctorando del King’s College, Universidad de Londres. Fue director de la Oficina para el Culto Divino en la diócesis de Gary. Obtuvo su MA en Liturgia de la Saint John’s University (Collegeville), y su MA en teología sistemática y su DMIN del Catholic Theological Union (CTU).